

SUBIR Y BAJAR por Javier Leoz

Quiero subir y bajar;
Señor, contigo y contemplar, cara a cara,
el Misterio de Dios que –estando escondido-
habla, se manifiesta y te señala como Señor.

Quiero subir y bajar:
Ascender para contemplar tu gloria bajar para dar testimonio de ella
en la vida de cada día en los hombres que nunca se encaminaron
a la cima de la fe, al monte de la esperanza,
a la montaña donde, Dios, siempre habla
nunca defrauda y siempre dice que nos ama.

Quiero subir y bajar, Señor;
que no me quede en el sentimentalismo vacío
que no quede crucificado por una fe cómoda
que no huya de la cruz de cada día.
Que entienda, Señor, que para bajar
es necesario, como Tú, subir primero:
a la presencia de Dios, para vivirlo
ante la voz de Dios, para escucharlo
ante la fuerza de lo alto, para que la vida brille luego
con el fulgor y el resplandor de la fe.

Quiero subir, Señor, al monte Tabor
y contemplar cara a cara, ese prodigio de tu brillante divinidad
sin olvidar que, como nosotros, también eres humano.
Muéstranos, Señor, tu rostro y, que para bajar al llano de cada día,
no olvidemos nunca de buscar y anhelar los signos de tu presencia.
Amén.

- PRECES, PADRE NUESTRO

- **ORACIÓN:** Señor, Padre Santo, tú que nos has mandado escuchar a
tu Hijo, el predilecto, alimenta nuestro espíritu con tu palabra; así, con
mirada limpia contemplaremos gozosos la gloria de tu rostro

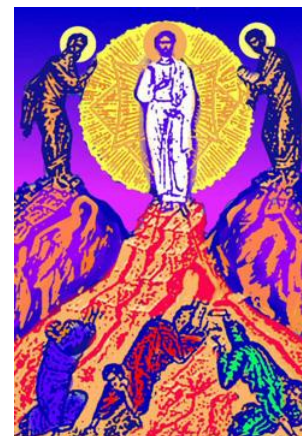
Por Jesucristo, Nuestro Señor.

GRUPO ORACIÓN

PARROQUIA BAUTISMO DEL SEÑOR

IIº. Domingo CUARESMA

8 marzo de 2009



En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

**Señor Dios Padre nuestro, te pedimos gracia para
comprender mejor la Palabra que se transmite en la Eucaristía
Dominical. Concédenos la presencia cercana y gratificante del
Espíritu Santo. Te lo pedimos por tu Hijo --y Maestro Nuestro--el
Señor Jesús.**

El domingo de la Gloria del Señor

Jesús de Nazaret mostró a los discípulos su gloria para que resistieran
el ataque del mal durante su Pasión y Muerte. La Transfiguración tuvo
ese motivo: reforzar la fuerza y la esperanza de los apóstoles. Luego
no sería así. Huyeron todos. Pero contemplar este hecho es una
buena elección para nosotros en este tiempo de Cuaresma. Hemos de
pensar en la Pascua como destino final de nuestros esfuerzos de
Cuaresma.

EVANGELIO

✠ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 9, 2, 10

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les apreció Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: -- Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Estaban asustados y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: -- Este es mi Hijo amado; escuchadlo. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús los mandó: -- No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían que querría decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor

LA MEDITACIÓN

1.- Mirar a nuestro alrededor es caer en la cuenta de muchos rostros desfigurados o deprimidos porque tal vez, hace tiempo, dejaron de sentir y de escuchar aquello de “tú eres mi hijo amado”. De nuevo, en este segundo domingo de cuaresma, Jesús nos invita a reemprender el camino junto con El. No será una senda fácil ni de respuestas a la carta. Pero, como siempre, nos lanzará a la cruda realidad, ayudados de su mano, y sobrecogidos si, de verdad, hemos intentado tener una experiencia profunda de El y con El. A nadie nos gusta la cruz pesada; a ninguno nos seduce el final de un camino dibujado con el horizonte de las espinas o del dolor. Preferimos, y hasta echamos en falta, una vida más merengada y con éxitos, sin llantos ni pruebas, sin lamentos ni zancadillas, tranquila y sin sobresaltos. Todos sabemos... que no siempre es así. Ante la desfiguración

a la que se siente sometida la humanidad, los hombres, las mujeres de nuestro tiempo, hay que refugiarse en la Transfiguración del Señor. Entre otras cosas porque, en ese estado, uno se encuentra muy bien; adquiere la vitalidad y el impulso necesario para descender al llano de cada día y enfrentarnos a los crudos escenarios en los que nos toca actuar desde la sinceridad o desde la falsedad.

2.- El domingo pasado, Jesús en el desierto, nos recordaba que –la tentación- avanzará en paralelo con nosotros, pero que nunca nos faltará la fuerza de Dios para darle batalla y progresar hacia la victoria. Hoy, con su Transfiguración, da un paso más: nos toma de su mano y nos lleva a un lugar tranquilo (por ejemplo la Eucaristía o la misma Palabra de Dios) para que nos vayamos configurando con El, meditemos sus enseñanzas o reconstruyamos de nuevo ese edificio espiritual y hasta corporal que las prisas, el agobio, el egoísmo, el individualismo y la superficialidad han demolido. También nosotros somos testigos de la Resurrección de Cristo. No estamos en el monte Tabor como meros espectadores o marionetas. Nuestra presencia, aquí y ahora, en la oración o en los sacramentos, nos debe de empujar a ser algo más que simple adorno, en la misión o en el apostolado que llevamos entre manos. ¡Qué más quisiéramos, como Pedro, construir tiendas lejos del ruido y de los dramas de la humanidad! Pero, el Señor, si nos lleva a un lugar apartado, es para que comprendamos y entendamos que vivir en su presencia en esta vida, es un adelanto de lo que nos espera el día de mañana: la Gloria de Dios y el compromiso activo en el día a día.

3.Los peregrinos que visitan el Tabor, donde tradicionalmente se ha ubicado la transfiguración del Señor, avanzan siete kilómetros desde Nazaret por la llanura de Esdrelón, lugar de batallas en el Antiguo Testamento. Sobre un monte aislado, de 562 metros de altura, se alza una basílica no muy grande, erigida en 1924, con dos capillas laterales dedicadas una a Moisés y otra a Elías. También en cada uno de nosotros se esconde un misterio luminoso, que en ciertas ocasiones se manifiesta: Somos hijos de Dios muy amados, creados a su imagen y semejanza. La tarea del cristiano sería transfigurarse a cada instante. Lograr que se trasluzca su maravilla interior. Y esto se alcanza por la oración, pero ante todo por la caridad fraterna, por el servicio generoso a los más débiles. En tales circunstancias la gente nos verá transfigurados y el Señor podrá certificar: Este es mi Hijo predilecto